

Olavide o Mejía Lequerica, que Arciniegas sobrevalora y, en el caso de Olavide, omitiendo un dato fundamental, como es su conversión final y el haber escrito *El Evangelio en triunfo*, no pasan de ser dos españoles de ultramar llegados a una patria que era absolutamente suya: España. Y que como a hijos les recibió. Macanaz tiene tanto que ver con América como con el Kurdistán. Americanizar a Garibaldi es como africanizar a Napoleón porque estuvo en Egipto o murió en Santa Elena. Y así todo. Los ejemplos más típicamente americanos, un Benito Juárez, por ejemplo —y se llamaba Benito y Juárez— en su actividad política no fue más que un puro remedo de los liberales masones y anticatólicos europeos.

Esa América, por otra parte, la disociada de las raíces religiosas que España y Portugal llevaron a esas tierras, y que tanto fruto dieron, es con la que Arciniegas sintoniza y a la que ensalza. Las reticencias ante la Iglesia son constantes en su libro.

Si como *divertimento* erudito la obra es notable, hacerla trascender de ello no sería más que el origen de una inútil polémica que pronto llevaría —pues son evidentes los datos— a restaurar la verdad histórica. El buen sentido de nuestros hermanos de América habrá, a buen seguro, de evitarlo. La grandeza y el futuro prometedor de aquel continente va por otros rumbos.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA.

C. Alberto Roca: VIDA DEL CARDENAL ARZOBISPO CIRILO DE ALAMEDA Y BREA (*).

Personaje verdaderamente rocambolesco fray Cirilo de Alameda y Brea. Su larga vida —que llegó hasta los 91 años— más parece una novela de aventuras que el sosegado pasar por el mundo de un fraile y de un obispo. Ciertamente que el siglo XIX fue agitado para la Iglesia española y para sus hombres, pero, aun así, la peripecia vital del cardenal Alameda rompe todos los moldes.

Joven franciscano, embarca en días turbulentos de ruptura con la Madre Patria hacia la América que se insurreccionaba. Y, enseguida le vemos en Montevideo dirigiendo un periódico españolista y belicoso. Huye de la capital cuando la derrota española, es cuestión de horas, y surge en el Brasil portugués donde

(*) Montevideo, 1974, 171 págs.

se erige en agente matrimonial de las princesas de Braganza. Fuera la iniciativa de doña Carlota Joaquina, del fraile franciscano o de ambos, el éxito sonrió a Alameda —como a lo largo de toda su vida— y Fernando VII y Don Carlos casan con sus sobrinas lusitanas.

El oscuro fraile, después del éxito matrimonial, pasa a ser figura en la corte madrileña y se hace con el generalato de los franciscanos. Hábilmente, según García de León y Pizarro. Aunque el veneno que siempre destila su pluma no permite tenerle como incontestable autoridad.

Consultor de la Inquisición, Grande de España... Su nombre se vincula en todas las relaciones de la famosa y denostada «camarilla» del rey. El Trienio, naturalmente, le es adverso y lo concluye en el exilio. Se ha escrito que su vida corrió peligro en la España revolucionaria. Y bien pudo ser cierto.

La restauración fernandina lo devuelve a España y a su firme posición en la Corte. Pero el rey era voluble y por razones aún no muy claras decide alejarlo de España, consiguiendo para él la mitra arzobispal de Santiago de Cuba. Más lejos sólo le quedaban las Filipinas. Fray Cirilo quiso renunciar al honor que se le ofrecía, pero el rey no admitió excusas y Alameda vuelve a cruzar el océano por tercera vez en dirección a las Indias, en esta ocasión como Arzobispo.

Apenas le quedaba vida al rey y su muerte y sucesión fueron trágicas para España. Nuestro arzobispo, y también por causas todavía no suficientemente aclaradas, abandona pocos años después su sede y aparece en España en la corte de Don Carlos. En ella se debatían «apostólicos» y moderados, y Alameda toma partido por estos últimos, lo que le vale el odio de los primeros, que no vacilan, con o sin razón, en identificarle con Maroto. Y, recordando sus anteriores éxitos matrimoniales, casa a Don Carlos, viudo de una Braganza, con una hermana de la princesa muerta.

El hundimiento del carlismo parece acabar definitivamente con la carrera del franciscano. Pero no es así. En 1849 es nombrado por Pío IX e Isabel II, Arzobispo de Burgos. En 1857 es trasladado a la sede primada de Toledo, y un año después creado Cardenal.

Sin embargo esta figura, que parecía llamada a dirigir la política y la marcha de la Iglesia española se apaga, y de un modo tan llamativo como llamativa había sido su fulgurante carrera. Como Arzobispo de Burgos y como Cardenal Primado apenas se hace notar. Es un obispo sumiso, demasiado sumiso, a las

autoridades civiles, que pasó prácticamente desapercibido en unos momentos realmente conflictivos entre la Iglesia y el Estado. El segundo mandato de Espartero, O'Donnell y el reconocimiento del reino de Italia, la revolución de 1868... Tampoco en el Concilio Vaticano pesó el Cardenal de Toledo, ¿vejez?, ¿cansancio?, ¿falta de ambición en quien había conseguido todo en la Iglesia de España?...

Por si faltara poco en tan agitada biografía, hay que señalar también la adscripción a la masonería del controvertido personaje, ¿cómo espía?, ¿por otras razones?

Incomprensiblemente esta figura apasionante no ha interesado a nuestros historiadores. Y aún está por escribir la biografía que Alameda se merece.

Con el desfase que impone el increíble y absurdo desconocimiento que en España tenemos de lo que ocurre en la América Hispana —la distancia física es también, desgraciadamente, intelectual— me llega el libro que C. Alberto Roca ha escrito en 1974 sobre Cirilo Alameda. El autor, sobradamente conocido en el Cono Sur, embajador de su patria, Uruguay, en la República Argentina, con numerosas publicaciones sobre materias históricas y jurídicas, ha escrito un libro realmente valioso sobre nuestro desconocido y olvidado cardenal.

Su aportación a la estancia en América de Alameda —Montevideo, Río de Janeiro y Cuba— es de gran importancia, y en lo que se refiere al Uruguay, definitiva. Aun con el carácter relativo que en la historia puede darse a lo definitivo.

Quien vaya a dedicarse a Alameda, y ojalá sea pronto, tendrá que contar con lo que Roca ha escrito. Y su trabajo es un modelo para los historiadores: búsqueda en archivos, contraste de fuentes, actualización bibliográfica...

Como no podría ser de otro modo, también fue polémico Alameda en Uruguay. Y, como firme sostenedor de la causa españolista, uno de los perdedores. Por ello se ocuparon menos de él los escritores de la República que nacía. Pero sus actividades uruguayas y brasileñas son claves en la configuración de la personalidad del fraile franciscano. Su «oración exhortatoria», un elogio de la Constitución de 1812, nos parece un precedente acomodaticio a sus maduros años de Burgos y Toledo. Y si en verdad creyó lo que decía, su perspicacia no es comparable a la del Obispo de Orense, a la de Arias Teijeiro, a la del Marqués de Villaverde de Limia, a la de tantos que vieron, desde el primer momento, que aquel código era la consagración de los principios revolucionarios. Que Alameda, es patente, repudiaba.

Elogios también a los capítulos brasileño y cubano. Es lástima su brevedad, porque están llenos de sugerencias y de pistas de investigación. Eran los años activos de Alameda y su personalidad lo llena todo.

Respecto a los españoles el lector queda con una sensación de disgusto. No a causa de Roca, que aporta datos de interés recogidos en los archivos de Burgos y Toledo, sino por culpa de Alameda. Y es que no pasa nada. Como he dicho, Alameda se ha apagado. Obispos de diócesis de mucha menos importancia se hacían notar extraordinariamente más que el Arzobispo de Burgos y el Cardenal Primado.

Obra, por tanto, que sólo merece elogios y que recomendamos sinceramente a todos los que se interesen por la persona y por la época.

FRANCISCO JOSÉ FDEZ. DE LA CIGÜÑA.